
MÓDULO DE VIDEOCONFERENCIAS

ANTIGUO TESTAMENTO

Lección 81:

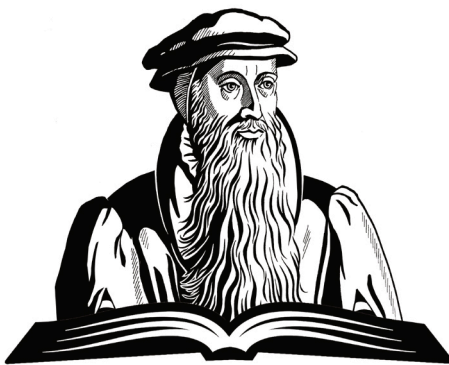
Llamamiento y misión de Jeremías

113 LECCIONES

PONENTES:

Mr. Daniel Van Brugge

Dr. Daniel Sweetman



The John Knox Institute
of Higher Education

Confiando nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

Instituto de Educación Superior «John Knox»

Confianza nuestra Herencia Reformada a la Iglesia en Todo el Mundo

© 2021 por John Knox Institute of Higher Education

Todos los derechos reservados. No se reproducirá ninguna parte de esta publicación de ninguna forma ni por ningún medio con fines de lucro, a excepción de citas breves con fines de revisión, o investigación, sin el permiso por escrito del editor, Instituto John Knox, P.O. Box 19398, Kalamazoo, MI 49019-19398, USA.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras son de la versión Reina-Valera de la Biblia.

Visita nuestro sitio web: www.johnknoxinstitute.org

Lección 81

LLAMAMIENTO Y MISIÓN DE JEREMÍAS

TRANSCRIPCIÓN DE LA LECCIÓN 81

Este segmento es acerca del llamamiento y la misión de Jeremías. Pero, veamos primero los antecedentes del profeta Jeremías. Me gustaría comenzar analizando su nombre. Su nombre es muy interesante en el hebreo, el cual traducido literalmente significa «Jehová exalta» o «Jehová derriba». Así que, si pensamos en la vida de Jeremías, probablemente sea «Jehová exalta», porque Jeremías profetizó en un tiempo muy difícil. Sus mensajes fueron prácticamente rechazados en su totalidad. Por eso, Dios constantemente lo exaltaba o sostenía para que tuviera el valor de seguir llevando la Palabra de Dios. A Jeremías también se le suele conocer como el «profeta llorón», por la angustia que experimentó al llevar la Palabra de Dios al pueblo, que generalmente lo ignoraba o incluso lo acusaba de ser un mentiroso. El libro de Lamentaciones, o los lloros o gemidos, son escritos atribuidos a Jeremías.

Jeremías nació cerca del 650 a. C., en una pequeña aldea de Anatot, probablemente hacia el final del reinado del rey Manasés. En toda su vida, Jeremías profetizó en el reinado de cinco reyes: Josías, que fue un rey piadoso; Joacaz, Joacim, Joaquín, y el rey Sedequías. Por lo que, el período en el que Jeremías profetizó fue extremadamente turbulento e inestable, muchas cosas estaban pasando.

A pesar de los intentos del rey Josías de llevar a cabo una reforma nacional en el reino de Judá —si recuerdas las lecciones anteriores de la Historia de la Biblia— fue durante el reinado de Josías que se encontró en el templo lo que hoy llamaríamos una copia de la Biblia. Y cuando la leyeron delante de él, se dio cuenta de que ni siquiera estaban cerca de guardar todos los mandamientos y las leyes de Dios. Por lo que, Josías intentó cambiar la situación de la nación a través de muchas reformas, pero desafortunadamente Judá, en su mayoría, no se arrepintió ni un poco, y siguió practicando la idolatría. Así que, este es el trasfondo, este es el contexto, en el que comienza Jeremías. Él permanece fiel a su llamado. Sigue llevando el mensaje de Dios al pueblo a pesar de que lo rechazaban.

Por causa de los pecados de la nación, su idolatría, su rechazo a escuchar las advertencias de Dios, y también por seguir y escuchar a los falsos profetas y por mucho más, ellos serían llevados al cautiverio, y Jerusalén y el templo serían completamente destruidos. Pero, al igual que los otros profetas que hemos estudiado o estudiaremos, Dios tam-

bién les da la promesa de una restauración futura, lo cual es una clara demostración de Su fidelidad al pacto.

Veamos ahora su llamado. Voy a leer cómo es que empieza: «Las palabras de Jeremías, hijo de Hilcías, de los sacerdotes que estuvieron en Anatot, en la tierra de Benjamín, a quien vino la palabra de Jehová en los días de Josías, hijo de Amón, rey de Judá, en el año trece de su reinado». Bien, este es uno de los casos en los que tenemos una fecha exacta de cuándo se escribió el libro y cuándo profetizó el profeta. En algunos de los otros profetas, es más bien una estimación bien fundamentada sobre cuándo ellos profetizaron. Pero aquí tenemos un ejemplo con unas palabras muy específicas, para que no tengamos ninguna duda de cuándo ocurrió.

Versículo 3: «Asimismo vino en días de Joacim, hijo de Josías, rey de Judá, hasta el fin del año undécimo de Sedequías, hijo de Josías, rey de Judá, hasta la cautividad de Jerusalén en el mes quinto. —esto se refiere al 586 a. C.— Vino, pues, palabra de Jehová a mí diciendo: Antes que te formara en el vientre te conocí y antes que salieras de la matriz te santifiqué, te di por profeta a las naciones». Dios le está diciendo a Jeremías que ni siquiera había sido concebido, pero Dios ya había decretado que esta persona, Jeremías, nacería un día, y que nacería para convertirse en profeta un día. Así que, ese es el llamado confirmatorio de Dios a Jeremías. La respuesta de Jeremías es: «Y yo dije: ¡Ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy muchacho». Veamos esto por un segundo. Esto no significa que Jeremías tuviera 6 o 7 años de edad, si nos fijamos en las fechas que nos ha provisto, esto haría que Jeremías tuviera entre 25 y 30 años. Por lo que, básicamente, lo que está diciendo aquí no es que sea un niño, sino que no está calificado para ser un profeta de Dios. Es como si alguien le pidiera a un niño que empezara a predicar la Palabra de Dios.

El Señor le responde desde el versículo 7: «Y me dijo Jehová: No digas: Soy muchacho; porque a todo lo que te envíe irás y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte, dice Jehová. Y extendió Jehová su mano y tocó sobre mi boca, y me dijo Jehová: He aquí, he puesto mis palabras en tu boca. Mira que te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para derribar, y para destruir y para arruinar, [pero también] para edificar y para plantar». Puede que Jeremías todavía no esté muy convencido. Por lo que, Dios continúa. En el versículo 11, leemos: «Y la palabra de Jehová vino a mí diciendo: ¿Qué ves tú, Jeremías? Y dije: Yo veo una vara de almendro. Y me dijo Jehová: Bien has visto, porque yo apresuro mi palabra para ponerla por obra». Un poco de contexto aquí: El almendro en esta región era el primer árbol en florecer en la primavera. Así pues, cada vez que los habitantes veían florecer al almendro, sabían con certeza que la primavera había llegado y que el verano también venía, después. Entonces, lo que el Señor está diciendo con esto es que: «Así como cuando ves que la rama del almendro o el almendro florece, y sabes que a primavera y el verano pronto llegarán, así también es con mi palabra. Yo estoy pronunciando mi palabra, tú dirás mi palabra a estas personas, y poco después se cumplirá».

Versículo 13: «Y vino a mí palabra de Jehová por segunda vez, diciendo: ¿Qué ves tú? Y dije: Yo veo una olla que hierve, [o una olla hirviendo] y su faz está desde la parte del norte. Y me dijo Jehová: Del norte se soltará el mal sobre todos los moradores de la tierra». Imagina, por un momento, esta olla. También imagina la relación de la nación de Judá, justo en la parte sur de lo que originalmente era todo el reino de Israel, y al norte es donde estaban los enemigos. Allí es donde estaba Asiria. Allí es donde estaba Babilonia, que pronto vendría. Esta olla está hirviendo, y su contenido está a punto de ser volcado y derramado hacia el sur. Así que, básicamente, esa olla hirviendo se refiere al juicio que está ebullición, que está hirviendo allí, esperando ser derramado por Dios sobre la nación de Judá.

Luego, echaremos un vistazo a algunos de los mensajes específicos que trajo Jeremías y, por supuesto, Jeremías está hablando la palabra de Dios que le fue dada. Así que Jeremías iría al pueblo, por ejemplo, en el capítulo 2, empezando por el versículo 5, Jeremías dice: «Así dijo Jehová: ¿Qué maldad hallaron en mí vuestros padres, que se alejaron de mí, y se fueron tras la vanidad, y se volvieron vanos?». Básicamente, Dios está diciendo: ¿Qué he hecho mal? ¿O qué pecado hay en mí que han decidido dejarme? Continúa el pasaje: «Y no dijeron: —o sea, ellos no dijeron esto— ¿Dónde está Jehová, que nos hizo subir de la tierra de Egipto, que nos hizo andar por el desierto, por una tierra desierta y de barrancos, por una tierra seca y de sombra de muerte, por una tierra por la cual no pasó varón ni habitó allí hombre?».

Nadie se cuestionó que Dios, en un momento dado, había liberado a los hijos de Israel fuera de Egipto. Eso es lo que Dios está diciendo. Nadie jamás cuestionó esto, y que Él los llevó a un país abundante para que comiesen su fruto y su bien. Pero cuando entraron, ¿qué hicieron ellos? Dios los liberó de Egipto, los llevó a la tierra de Canaán, que tenía abundancia. Pero una vez que entraron, ¿qué hicieron ellos? «Profanaron mi tierra e hicieron de mi heredad una abominación». Luego sigue con estas preguntas hipotéticas: «Los sacerdotes no dijeron: ¿Dónde está Jehová?; y los que tenían la ley no me conocieron; y los pastores se rebelaron contra mí, y los profetas profetizaron por Baal y anduvieron tras lo que no aprovecha». Así que, el pueblo está haciendo exactamente lo contrario de lo que debería haber hecho. No están escuchando a los verdaderos profetas que Dios les está dando, están escuchando a los profetas de estos dioses paganos extranjeros.

Así que, ahora, tal vez esperaríamos que el juicio de Dios sea derramado sobre ellos inmediatamente, pero, ¿qué dice Dios?: «Por tanto, aún pleitearé con vosotros, dijo Jehová, y con los hijos de vuestros hijos pleitearé. Pasad, pues, a las islas de Quitim y mirad; y envidad a Cedar y considerad cuidadosamente, y ved si se ha hecho cosa semejante a esta». Es como si dijera: «Estoy rogándote. Escúchame. Escucha las palabras que tengo para ti. Quiero que vayan por ahí. Miren a su alrededor a todas las naciones paganas. ¿Alguna de estas naciones ha cambiado a sus dioses, que ni siquiera son dioses reales? Pero ¿qué pasa con mi pueblo? Dice Dios, ellos han cambiado su gloria por

aquello que no aprovecha. Han dejado a Dios, quien es el único Dios verdadero, y están sirviendo a dioses falsos. Les dice que ni los paganos dejan a sus propios dioses, que ni siquiera son reales. Así que Dios llama a testigos: «Espantaos, cielos, sobre esto y horrorizaos; desolaos en gran manera, dijo Jehová. Porque dos males ha hecho mi pueblo: me dejaron a mí, fuente de agua viva, para cavar para sí cisternas, cisternas rotas que no retienen el agua».

Así que imaginémos una nación o un pueblo que tiene un manantial comunitario. Un manantial muy abundante que provee toda el agua dulce que el pueblo necesita. Y un día decidieron que ya no lo van a usar más. Que cavarán cisternas en la roca que contendrían agua, pero estas cisternas son tan malas que ni siquiera retienen agua. Pero en eso se enfocaron ahora. Se enfocaron en estas cisternas rotas cuando tenían este maravilloso manantial que les daba toda el agua dulce que necesitaban. Y esa es la analogía que Dios está ilustrando para ellos. Intenta mostrarles cuán ridículo es que estén practicando estas idolatrías, y sirviendo a estos dioses paganos.

En el capítulo 3, se nos da otra analogía. «Dicen: Si alguno dejare a su mujer, —si un hombre se divorcia de su mujer— y ella se fuere de él y llegare a ser de otro hombre, ¿volverá todavía a ella?». Él está diciendo: «A ver, si hay un hombre que se divorcia de su esposa y ella se vuelve a casar con otra persona, ¿irá el primer esposo y se volverá a casar con ella?». Por supuesto, la respuesta sería no, de ninguna manera, pero esa es la analogía que Dios está usando para describir a la nación. «¿No será tal tierra del todo contaminada? Tú, pues, has fornicado con muchos amigos; pero vuélvete a mí, dice Jehová». Así que, Dios está diciendo: «Eso es exactamente lo que están haciendo en un sentido espiritual. Me han dejado, se han unido a dioses paganos, pero, aun así, sigo dispuesto a aceptarlos de nuevo». A diferencia de una situación humana donde una persona no lo haría, el Señor está dispuesto a recibir a Su pueblo, a pesar de que hayan pecado de una manera tan terrible.

Versículo 6: «Y me dijo Jehová en días del rey Josías: —dice Jeremías— ¿Has visto lo que ha hechola apóstata Israel? Ella se va sobre todo monte alto y debajo de todo árbol frondoso, y allí fornicar». Así que, los montes altos eran donde ellos solían adorar, incluso el templo estaba en un monte relativamente alto, pero los paganos casi siempre usaban las cimas de los montes como su lugar de adoración. Y, a menudo, usaban árboles frondosos en medio de las cuales estaban sus altares, etcétera. Entonces, Dios está usando esto como un ejemplo, y diciendo que esto es lo mismo que hacen los pueblos paganos: Suben a estos altos montes, y en estos árboles frondosos adoran a sus dioses falsos que no existen. E Israel y Judá están haciendo esto.

Y nuevamente, Él usa la analogía de una ramera. Es como si una persona casada subiera a la cima de este monte y tuviera un comportamiento ilícito con una ramera, aun cuando esa persona está casada. Dios usa a menudo esa metáfora del matrimonio entre Él y su pueblo a lo largo de las Escrituras. Y este es otro ejemplo de ello.

Versículo 7: «Y dije: Después que hizo todo esto, se volverá a mí; pero no se volvió. Y lo vio la desleal, su hermana Judá». Así que, Israel y Judá son comparadas como hermanas. Judá, el reino del sur, vio lo que Israel hizo, cómo Israel fue tras otros dioses, vio cómo Israel fue castigada por ello, pero Judá aun así no vuelve al Señor.

En Jeremías 6 comenzamos a tener una lista de los pecados que Judá está cometiendo. El que acabamos de cubrir se refiere, sobre todo, al adulterio. En el versículo 13, Jeremías está señalando la codicia: «Porque desde el más pequeño de ellos hasta el más grande de ellos, cada uno sigue la avaricia; y desde el profeta hasta el sacerdote, todos practican el engaño». Así que, tenemos esta idea de mentir y engañar junto con desear otras cosas que ellos no tenían. En el versículo 16, Jeremías continúa: «Así dijo Jehová: Paraos en los caminos, y mirad, y preguntad por las sendas antiguas, cuál sea el buen camino, y andad por él, y hallaréis descanso para vuestra alma. Y dijeron: No andaremos». Jeremías se está refiriendo a dos momentos del pasado, donde el pueblo realmente seguía la palabra de Dios y practicaba lo que la Palabra de Dios les ordenaba. Y les está diciendo: «Si vuelven a estas sendas, hallarán descanso, hallarán paz. Pero el pueblo dice: No, no queremos tener nada que ver con eso».

Él continúa con otra metáfora, otra analogía: «Desperté también sobre vosotros centinelas que dijera: Escuchad el sonido de la trompeta. Y dijeron: No escucharemos». Los centinelas, por supuesto, solían estar en los muros de la ciudad. Vigilaban el horizonte, buscando cualquier posible amenaza, tal vez, un ejército invasor; y si veían algo, tocaban la trompeta inmediatamente para que la gente de la ciudad supiera que el peligro estaba cerca. Los profetas de Dios eran aquellos que estaban como centinelas. Ellos traían la Palabra de Dios para advertir al pueblo, pero, así como una ciudad llena de habitantes que ignoran la trompeta, así el pueblo de Judá ignora la Palabra de Dios.

Jeremías continúa en el capítulo 7 con más pecados específicos que están cometiendo. «Hurtando, y matando, y adulterando, y jurando en falso, y quemando incienso a Baal, y andando tras dioses ajenos que no conocisteis». Si piensas en todos los pecados específicos que Jeremías ha mencionado hasta ahora, compáralos con los Diez Mandamientos, y verás cuántos han violado. Versículo 10: «¿y vendréis y os pondréis delante de mí en esta casa sobre la cual es invocado mi nombre, y diréis: Estamos a salvo; para hacer todas estas abominaciones?». Él está diciendo que estas personas están muy convencidas de que no están haciendo nada malo, que es casi como si dijeran que tienen derecho a cometer estos pecados.

La respuesta de Jeremías a este su rechazo en el capítulo 9: «¡Oh, quién me diera que mi cabeza se hiciera aguas y mis ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche a los muertos de la hija de mi pueblo!». Ahora puedes ver por qué lo llamaban el profeta llorón, por la angustia que sentía, él deseaba poder llorar día y noche por el pecado del pueblo, por su terquedad y su negativa a aceptar la Palabra de Dios. Así que, no sólo la rechazan, sino que también engañan a todos sus semejantes, y no hablan verdad. Han

enseñado a su lengua a hablar mentiras y se han fatigado a sí mismos cometiendo iniquidades. Jeremías continúa: «Tu morada está en medio del engaño; por causa del engaño no quisieron conocerme, dice Jehová».

Entonces, ¿qué va a pasar? Jeremías está trayendo las advertencias de Dios. También hace énfasis en que, si el pueblo se vuelve a Dios, Dios se volverá al pueblo. Pero aún así también tenemos esta profecía en el capítulo 9: «Y los esparciré entre las naciones —versículo 16— y los esparciré entre naciones que ni ellos ni sus padres conocieron; y enviaré espada tras de ellos, hasta que los acabe». Y esto es exactamente lo que pasó en el 586 a. C., la tercera ola de invasión donde Jerusalén es finalmente destruida y muchos fueron llevados cautivos y esparcidos por las naciones vecinas.

Recuerda que en Isaías tuvimos el cántico de Isaías donde se hablaba de la viña, Jeremías menciona esto nuevamente, en el capítulo 12, versículo 10. «Muchos pastores han destruido mi viña». Así que no sólo la viña no produjo buenos frutos, sino que las personas que se supone que deben cuidar la viña son en realidad responsables de destruirla. «Hollaron mi heredad, volvieron en desierto asolado mi heredad preciosa. Fue puesta en asolamiento y lloró asolada sobre mí; fue asolada toda la tierra, porque no hubo hombre que reflexionara». Jeremías está prediciendo o profetizando que la tierra quedará completamente desolada, lo que una vez fue la viña preciada de Dios será completamente devastada.

Jeremías también solía usar ejemplos visibles y concretos del mensaje que estaba tratando de transmitir, y aquí está uno de estos ejemplos. Leemos esto en Jeremías 13. Dios le dice que se ponga un cinto de lino y que no lo meta en agua. Así que Jeremías hace eso: Se pone un cinto de acuerdo con la Palabra del Señor, y lo lleva como normalmente se usa una prenda así. Pero luego, Dios le dice que haga algo más con ello: «Y vino a mí por segunda vez palabra de Jehová diciendo: Toma el cinto que compraste, que está sobre tus lomos, y levántate, y ve al Éufrates, y escóndelo allá en la concavidad de la peña». Y Jeremías lo hace: «Fui, pues, y lo escondí junto al Éufrates como Jehová me mandó. Y sucedió que al cabo de muchos días me dijo Jehová: Levántate, y ve al Éufrates, y toma de allí el cinto que te mandé esconder allá». Entonces Jeremías volvió al lugar donde lo había enterrado, lo desentierra, lo saca del hoyo, y lo mira, y está estropeado. Prácticamente había comenzado a pudrirse, estaba sucio y no servía para nada. Ni siquiera servía como estropajo.

«Y vino a mí palabra de Jehová diciendo: Así ha dicho Jehová: Así haré podrir la soberbia de Judá y la mucha soberbia de Jerusalén». Judá está orgullosa, aún no ha sido llevada cautiva. Judá no había sido invadida todavía, Pero Israel sí, por lo que, hay cierto orgullo en ellos, de alguna manera creen que son mejores que el reino del norte, pero Dios tiene un mensaje diferente acerca de esto: «Este pueblo malo, que no quieren oír mis palabras, que andan en la dureza de su corazón y van en pos de dioses ajenos para servirlos y para postrarse a ellos, vendrá a ser como este cinto, que para ninguna cosa

es bueno». Así, básicamente, Dios está diciendo que: «Así como puedes ver físicamente lo que le ha sucedido a este cinto, eso es exactamente lo que le va a suceder, en cierto sentido, al pueblo de Judá».

En Jeremías 17, se cambia un poco el enfoque, y se comienza a ver los beneficios de servir al Señor. Entonces él comienza en el versículo 7: «Bendito el hombre que confía en Jehová, y cuya confianza es Jehová. Porque será como árbol plantado junto a las aguas, que junto a la corriente echará sus raíces, y no verá cuando venga el calor, sino que su hoja estará verde; y en el año de sequía no se inquietará ni dejará de hacer fruto». Aquí nos presenta la imagen de un árbol que tiene muchos nutrientes: muchos alimento y mucha agua. Las hojas son verdes, va a dar fruto y no tiene que preocuparse por la sequía ni nada de eso. Y, de repente, hay un contraste con los versículos 9 y 10: «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá?». Jeremías está apuntando a la depravación del corazón humano, ¿y quién es el que puede juzgar el corazón humano? No podemos ver a una persona y saber exactamente lo que esa persona está pensando, o las motivaciones de esa persona, pero Dios lo sabe. En el versículo 10 dice: «Yo, Jehová, que escudriño el corazón, que pruebo los pensamientos, —refiriéndose también a la mente, el alma— para dar a cada uno según su camino, según el fruto de sus obras».

Luego señala un pecado más, en el versículo 27: «Pero si no me oyereis para santificar el día del sábado —creo que si revisas todos estos pecados que han sido enlistados, verás que habían quebrantado todos y cada uno de los mandamientos— y para no traer carga ni meterla por las puertas de Jerusalén en el día del sábado, yo haré encender fuego en sus puertas y consumirá los palacios de Jerusalén, y no se apagará». Entonces esto es tanto figurativo como literal: Los babilonios finalmente destruirán a Jerusalén con fuego.

El capítulo 18 es otra ilustración. El Señor usa algo físico, algo visible que podemos ver para ilustrar y enfatizar el mensaje que está trayendo. Dios le dice a Jeremías que vaya a la casa del alfarero y le dice: «Allí te haré oír mis palabras». Entonces, va a la casa del alfarero, y ve al alfarero trabajando. El alfarero está haciendo algo en su torno, sea lo que sea que esté haciendo con el barro se echó a perder en la mano del alfarero. Tal vez el alfarero lo rompió de un lado, o tal vez estaba mal formado. Entonces, ¿qué es lo que hará? Lo transforma en algo diferente. Podríamos decir que, tal vez, estaba haciendo una vasija y uno de los lados se torció, o una de las paredes era demasiado gruesa, por lo que hizo un plato con ella. Ese es el punto. «Entonces vino a mí palabra de Jehová diciendo: ¿No podré yo hacer con vosotros como este alfarero, oh casa de Israel?, dice Jehová. He aquí que como el barro en la mano del alfarero, así sois vosotros en mi mano, oh casa de Israel». Entonces les está diciendo que Dios es quien levantó esta nación. Dios es quien levantó al pueblo judío. Dios es quien hizo el pacto con él. Él es el alfarero. Así que, Él puede hacer lo que quiera con lo que está en su mano.

Una ilustración más, relacionada nuevamente con la alfarería, en el capítulo 19. Dios le dice a Jeremías que compre una vasija, una vasija hecha de barro. Y le dice: «Lleva contigo algunos de los ancianos del pueblo y de los ancianos de los sacerdotes; —estos eran los gobernantes, tanto políticos como religiosos— y desvaneceré el consejo de Judá y de Jerusalén en este lugar, y los haré caer a espada delante de sus enemigos y en las manos de los que buscan sus almas; y daré sus cadáveres por comida a las aves del cielo y a las bestias de la tierra».

Esta no es para nada una imagen agradable. Él debe decirles eso a ellos, y luego romper la vasija delante de ellos. Así que él va con la vasija de barro, y les dice esa profecía, y luego rompe la vasija en el suelo, frente a ellos. Y luego tiene que decir: «Así ha dicho Jehová de los ejércitos: Así quebrantaré a este pueblo y a esta ciudad, como quien quiebra un vaso de barro, que no se puede restaurar más; y en Tofet se enterrarán, porque no habrá otro lugar para enterrar. Así haré a este lugar, dice Jehová, y a sus moradores, poniendo esta ciudad como Tofet. Y las casas de Jerusalén y las casas de los reyes de Judá serán como el lugar de Tofet, inmundas, por todas las casas sobre cuyos tejados ofrecieron incienso a todo el ejército del cielo y vertieron libaciones a dioses ajenos». Así que, les está diciendo a la gente que si pueden recoger los pedazos de esa vasija de barro y volver a armarlos, no podrán. Así de grave será la destrucción de este lugar.

Y luego también habla de que la destrucción vendrá tan repentinamente y será tan completa que ni siquiera podrán enterrar los cuerpos. Y sigue diciendo: «Y volvió Jeremías de Tofet, adonde lo envió Jehová a profetizar, y se paró en el atrio de la casa de Jehová y dijo a todo el pueblo: Así ha dicho Jehová de los ejércitos, Dios de Israel: He aquí que yo traigo sobre esta ciudad, y sobre todas las ciudades que dependen de ella, todo el mal que hablé contra ella, porque han endurecido su cerviz para no oír mis palabras». Así que, su mayor pecado —piensa de nuevo en la lista de pecados que él enumeró— ¿cuál es el peor pecado que cometieron? Que han endurecido su cerviz, ¿verdad? Ese es el peor pecado que ellos han cometido. Y cuando vamos al Nuevo Testamento y miramos los evangelios, especialmente el evangelio de Juan. Juan a menudo dice que estamos condenados, —y él no enumera una gran lista de pecados que hemos cometido; no dice que estamos condenados porque hemos cometido todos estos pecados— Él dice que estamos condenados porque nos negamos a escuchar la palabra de Dios, porque nos hemos negado a obedecer el evangelio.

Así que, creo que esa es la conclusión que debemos tener de estas últimas palabras de Jeremías y de estos capítulos; que así como el mayor pecado de Israel o de Judá, —sí ellos cometieron todos estos pecados de idolatría, codicia, adulterio, quebrantamiento del día de reposo, robo, asesinato— pero su mayor pecado fue que ellos endurecieron sus corazones. Oremos para que nosotros no seamos culpables de ese pecado.